ENTREVISTA

ENTREVISTA SOBRE EL BUEN Y BIEN VIVIR CON ALBERTO ACOSTA¹

Entrevista realizada pelos sociólogos Jaime Ríos² (Peru) e Patrícia de la Torre³ (Equador) com Alberto Acosta, um dos ideólogos da “Revolução Cidadã” do Equador e autor dos livros *La maldición de la abundancia* e *O Bem Viver* (Ed. Elefante). A entrevista foi realizada por meio eletrônico em dezembro de 2020.

1. Jaime Rios e Patricia de la Torre. Profesor Alberto Acosta gracias por la entrevista. Vivimos una profunda crisis estructural de la modernidad/colonialidad y del modelo neoliberal acelerado con el Covid 19 que ha sacado a luz las profundas desigualdades, exclusiones y racismos en todo su carácter privatista de la vida social en el mundo. Con la lección aprendida:

¿Qué importancia le asigna al buen y bien vivir en este contexto como filosofía y praxis en la construcción de un nuevo horizonte de sentido histórico de una civilización transcultural de vida?

¹ Professor da Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Equador, economista equatoriano, especializado em economia energética pela Universidade de Colônia, Alemanha, autor do livro *O bem viver*. São Paulo, Autonomia Literária/Ed. Elefante, 2016. Foi ministro de Energia e Minas e presidente da Asamblea Nacional Constituyente, um dos ideólogos da Revolução Cidadã, propugnada pelo presidente Rafael Correa, com o qual divergiu, tornando-se um dos principais críticos de seu governo.

² Sociólogo peruano, Doutor em ciências políticas e sociologia pela Universidade Complutense de Madrid, professor da Universidade Nacional Mayor de San Marcos, Lima, atual presidente da Associação Latinoamericana de Sociología (ALAS). <https://orcid.org/0000-0001-5950-6688> - jaimecultural1@gmail.com

³ Doutora em sociologia pela Universidade de Brasília, professora na Pontifícia Universidade Católica do Equador, autora do livro: *Lo privado y local en el estado ecuatoriano. La Junta de Beneficiencia de Guayaquil*. Quito: Abya-Yala, 2000.

Enviado em: 30 Jan. 2021. | Aceito em: 05 Mar. 2021.

Alberto Acosta: Me parece acertado dar ese primer paso, me refiero a reconocer el papel que cumple la pandemia del coronavirus que sirve de gran lupa para ver mejor aquellas desigualdades, inequidades y violencias que caracterizan a la Modernidad. No son cuestiones nuevas, las conocíamos. Pero ahora, en “el silencio de las cuarentenas”, como que afloran con más claridad. Y no solo eso, inclusive son cada vez más visibles muchas cuestiones que el poder no quiere que las veamos. Me refiero en especial a las alternativas existentes.

Es evidente que en diversas partes del planeta, a partir de la constatación de crecientes y graves pandemias, no solo sanitarias, se cuestionan cada vez más las ideas convencionales del progreso y por cierto de su principal vástago, el desarrollo. Y es en este escenario en el que se insertan las ideas, valores, experiencias y prácticas del Buen Vivir, que provienen de memorias largas, de muchas comunidades en el planeta.

En este punto reconozcamos que, mientras buena parte de las posturas sobre el desarrollo convencional e incluso muchas de las corrientes críticas se desenvuelven dentro de los conocimientos occidentales propios de dicha Modernidad, estas visiones alternativas son alterativas. Son visioens que escapan a los límites de la civilización capitalista dominante; superan aquellos límites establecidos, en especial, por el antropocentrismo y el utilitarismo.

Todas estas posiciones contestatarias, destacando sobre todo las indígenas, cuentan, de una u otra manera, no solo con profundas raíces, sino que son de una gran actualidad por sus diversas potencialidades. Son, ante todo, experiencias comunitarias y memorias colectivas, con multiplicidad de prácticas en la vida cotidiana. Más que conceptos fríos, son vivencias cotidianas.

En síntesis, ahora que la existencia de grandes mayorías de seres humanos está en peligro, no solo por el coronavirus, conviene reencontrarse con esas visiones, experiencias e incluso las prácticas de aquellos grupos humanos que han vivido en esquemas sustentados en la búsqueda de la armonía social y del equilibrio dentro de los ciclos ecológicos. Estas realidades, invisibilizadas hasta hace muy poco tiempo, contrastan con un mundo en donde los “logros” del progreso están configurando un escenario caracterizado por violencias de todo tipo que se explican por un sistema que ahoga todo lo que tiene que ver con la vida.

Literalmente estamos en “la era de la supervivencia”, como lo dejó sentado Omar Felipe Giraldo. Esta es una suerte de encrucijada en la que se define el futuro de la especie humana. Las tradicionales visiones del progreso y el desarrollo no solo que no ofrecen las respuestas necesarias, sino que por el contrario son responsables directas de las complejas y graves crisis que aquejan a la Humanidad.

Por todo eso, sintonizando, luchas y experiencias acumuladas, prácticas y opciones en construcción, son indispensables horizontes de transformación civilizatoria, es decir superadoras de las estructuras patriarcales, coloniales y capitalistas, en esencia depredadoras de la vida. En ese empeño contribuye el Buen Vivir.

2. Jaime Rios y Patricia de la Torre. *Las experiencias de los gobiernos “progresistas” de Bolivia y Ecuador pusieron las ideas del buen y bien vivir en primer plano en sus políticas públicas y luego con la reacción golpista neoliberal pasaron a un segundo plano, pero vemos como el Covid 19 en sus efectos desbastadores los ubican nuevamente en primer plano:*

¿Qué lugar, papel y alcance le asigna al buen y bien vivir en este contexto de pandemia del Covid 19?

Alberto Acosta: La realidad es diferente. Sin negar que los discursos de los gobiernos progresistas de Bolivia y Ecuador contribuyeron a difundir el Buen Vivir, sus políticas públicas, lamentablemente, remaron casi siempre en dirección contraria. En la práctica gubernamental, se vació de contenido el Buen Vivir o Vivir Bien; en Ecuador, una de las mayores aberraciones fue el intento de burocratizarlo a través del Ministerio del Buen Vivir, lo que inclusive ha contribuido a que el Buen Vivir sea motivo de mofa en amplios segmentos de la población.

No fue suficiente que esta cosmovisión –Buen Vivir o Vivir Bien, incluyendo su traducción en algunas lenguas indígenas- se haya incorporado en la Constitución de la República de Ecuador en el 2008 y en la Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia en el 2009. En estos países -en donde se llegó simplonamente a equiparar el Buen Vivir con el *socialismo del buen vivir, socialismo comunitario o biosocialismo*- se desplegó un neo-desarrollismo para intentar modernizar el capitalismo, sustentado en un desbocado extractivismo, con el que se quería financiar procesos orientados a conseguir el desarrollo convencional. Es más, en Ecuador ya se empezó el retorno al neoliberalismo y al mismo

FMI en el año 2014, en pleno gobierno *progresista*, configurando una suerte de “década desperdiciada” si se consideran las enermes y favorables condiciones que existieron para impulsar transformaciones estructurales. Bolivia, con el primer gobierno *progresista*, no experimentó una situación totalmente diferente a la ecuatoriana.

Entonces, ahora, si queremos buscar opciones de transformación civilizatoria, no se puede caer en “la trampa” de la propaganda del Buen Vivir o Vivir Bien de los gobiernos progresistas de estos países.

Hay que decirlo claro y fuerte, quienes colocaron estas ideas del Buen Vivir en el primer plano de la vida política nacional fueron los pueblos indígenas, desde sus comunidades y organizaciones. Lo que cuenta es que el Buen Vivir o Vivir Bien cobró inusitada fuerza política desde la última década del siglo pasado, mucho antes de dichos gobiernos *progresistas*. Esas visiones entraron en los debates nacionales – particularmente de Bolivia y Ecuador- en un momento de crisis generalizada del Estado-nación, oligárquico y de raigambre colonial. Los pueblos originarios, con sus organizaciones, emergieron vigorosos como sujetos políticos con sus propias visiones de la vida. En estos dos países se vivió un momento de intensas revueltas durante la primera época del neoliberalismo, en especial gracias a la creciente fuerza organizativa de los movimientos indígenas, en alianza con otras fuerzas populares.

Esto explica la emergencia y el posicionamiento de estas ideas paradigmáticas del Buen Vivir o Vivir Bien, propias de un mundo indígena al que no consiguieron desaparecer los procesos de conquista y colonización, todavía presentes durante toda la época republicana.

Y ahora, enfrentados a una de las pandemias globales del capitalismo, la sanitaria derivada del Covid-19, cobran redoblada fuerza estas opciones enmarcadas en el Buen Vivir. La crisis desnudada por la pandemia ha potenciado las desigualdades y muestra, quizás con más brutalidad que antes, la incertidumbre y fragilidad de nuestro futuro, siempre en juego. Nos toca enfrentar un mundo crecientemente desigual e inequitativo, plagado de todo tipo de violencias (patriarcales, racistas, extractivistas...) que aumentan aceleradamente con la pandemia. Pero también es una enorme oportunidad para (re)construir nuestro futuro desde principios básicos que posibiliten una vida digna: el cuidado, la redistribución o el reparto, la suficiencia y la reciprocidad, desde bases comunitarias y autonómicas antes que estatales.

El mundo indígena nos ofrece muchas opciones para ese empeño, es decir para repensar la vida misma. Sin llegar a romantizarlas, las comunidades indígenas -portadoras de una larga memoria- han demostrado que el ser humano puede organizar formas de vida sustentable. Tal relación armoniosa con la Naturaleza -presente en muchos recintos del mundo indígena, no en todos- se sintoniza con la “sustentabilidad”; concepto que, por cierto, se lo ha pervertido y trivializado en extremo, incluso cuando con él se quiere maquillar el desarrollo presentándolo como sustentable.

Pero a la vez, sobre todo en medio de esta mega crisis, asoman con fuerza las posibilidades de reencuentro de la Humanidad con la Madre Tierra, a partir de visiones como las mencionadas del Buen Vivir. Este será un proceso, largo y complejo, reforzado por las luchas de resistencia y re-existencia desde diversos grupos populares, en especial indígenas, liderados cada vez más por mujeres.

Aunque los indígenas no tienen un concepto de Naturaleza como el que existe en occidente, su aporte es clave. Ellos comprenden perfectamente que la Pachamama es su Madre, no una mera metáfora. En este sentido todo esfuerzo por plasmar los Derechos de la Naturaleza -que no fueron entendidos menos aún defendidos por los gobernantes *progresistas*- se inscribe en una reiteración de un mestizaje emancipador provocando un “híbrido jurídico”, donde se recuperan elementos de todas aquellas culturas occidentales e indígenas emparentadas por la vida. Y que encuentran en la Pachamama el ámbito de interpretación de la Naturaleza, un espacio territorial, cultural y espiritual, que no puede ser motivo de mercantilización ni de exclusión.

Solo reestableciendo relaciones de armonía y equilibrio con la Madre Tierra, sentando las bases de sociedad equitativas e igualitarias, se podrá enfrentar estas pandemias del capital.

3. Jaime Rios y Patricia de la Torre. *Sin duda los procesos de convivialidad, sociabilidad e individuación se entrecruzan en la construcción de las identidades colectivas. En este marco: ¿Qué lugar, papel y alcance le asigna al buen y bien vivir post Covid 19?*

Alberto Acosta: En este momento, como anoté en la respuesta anterior, cobran renovada fuerza esas alternativas provenientes de los pueblos originarios del Abya-Yala y de

muchos otros rincones del planeta tan propias de “indigenidad”, como anotaba ese gran pensador peruano, Aníbal Quijano. Hay una variedad de nociones y visiones diferentes y complementarias de cómo imaginar y lograr una transformación socio-ecológica vital, imposible de conseguir con los enfoques de la Modernidad. Son visiones que incluso nos permiten leer de otra manera la realidad con el fin de comprender de mejor manera el mundo en que vivimos, al tiempo que nos invitan a revisar nuestras tradicionales categorías de análisis; esta doble entrada es el mayor potencial del Buen Vivir.

Algunas de estas nociones emergentes son una suerte de renacimiento de las cosmovisiones de los pueblos originarios; otras han surgido de los movimientos sociales y ecologistas relacionados con viejas tradiciones y filosofías; y, muchas más son respuestas de diferentes grupos compuestos por diversas personas que enfrentan la dura y frustrante cotidianidad con acciones que comienzan a configurar alternativas incluso con capacidad de transformación civilizatoria. Esta ebullición de alternativas se vive en medio de la pandemia a través de la construcción de una multiplicidad de respuestas emanadas desde la creatividad y el trabajo de las comunidades en el campo y en las urbes.

A diferencia del desarrollo, que es un concepto basado en un falso consenso, estas visiones alternativas no pueden ser reducidas a una única visión y, por lo tanto, no representan un mandato global indiscutible. Tampoco pueden aspirar a ser adoptadas como una meta común por organizaciones internacionales o de los gobiernos para recién entonces hacerse realidad. Muchas de estas ideas nacen como propuestas radicales de cambio especialmente desde ámbitos locales, especialmente comunitarios, pero las hay también de alcance nacional e inclusive global.

Los postulados ecofeministas representan otro aspecto muy potente dentro de este arcoíris post-desarrollista, que necesariamente debe ser también post-extractivista. La necesidad de liberar a la salud y a la educación del ámbito mercantil resulta indispensable, tanto como dar paso a la soberanía alimentaria, todo poniendo en vigencia las demandas que surgen desde los paradigmas de los cuidados. Las siempre sugerentes lecturas de la *convivialidad* de Ivan Illich enriquecen este frondoso escenario de alternativas. Y por cierto hay que incorporar todo el aporte decolonial.

El Buen Vivir representa, en suma, una clara alternativa al desarrollo, más allá de los vaciamientos conceptuales que ha sufrido por parte de los gobiernos progresistas de

Bolivia y Ecuador. Ese Buen Vivir indígena es el que muchas veces ha permitido proteger los bosques y las selvas, los páramos, las fuentes de agua y la misma diversidad biológica y cultural, como acción concreta para enfrentar el colapso climático. Y el principio que le inspira -pensado en plural: buenos convivires- es la armonía o, si se prefiere, el equilibrio en la vida del ser humano consigo mismo, de los individuos viviendo en comunidad, entre comunidades, pueblos y naciones. Y todos, individuos y comunidades, conviviendo en armonía con la Naturaleza. En definitiva, los humanos somos Naturaleza.

Recuperar y construir relaciones de armonía con la Naturaleza es la gran tarea. Hay que parar su explotación desenfrenada; hay que desmercantilizarla; tenemos que reencontrarnos con ella asegurando su regeneración, desde el respeto, la responsabilidad y la reciprocidad, desde la relacionalidad. Solo así se podrá prevenir el diluvio de pandemias capitalistas que está ahogando la vida de la Humanidad en el planeta.

4. Jaime Rios y Patricia de la Torre. *El modelo neoliberal conduce inevitablemente a una crisis sistémica sin salida del sistema mundo capitalista occidental bajo la hegemonía financiera que en su supervivencia puede utilizar las potencialidades que contiene las formas y estilos de vida del buen y bien vivir:*

¿Qué tendrían que hacer las organizaciones liberadoras de la vida social para no caer en esta dinámica del control y su desnaturalización como cultura del buen y bien vivir?

Alberto Acosta: Aceptémoslo, el capitalismo -en cualquiera de sus versiones- es la civilización de la desigualdad, exacerbada por el neoliberalismo. El capitalismo en tanto civilización “vive de sofocar a la vida y al mundo de la vida”, como afirmaba el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría. Por lo tanto el tema no es el neoliberalismo en si, sino el capitalismo.

Esas fuerzas sociales con capacidad transformadora no han dejado de actuar, incluso a pesar de haber sido reprimidas y criminalizadas por gobiernos neoliberales y *progresistas*. Ya lo dije antes, esas fuerzas han sido portadoras de visiones y prácticas con las que han resistido la larga noche de la conquista y la colonialidad presente todavía en Nuestra América, independientemente del signo ideológico de los gobiernos.

De hecho, en medio de la pandemia se han multiplicado las respuestas

comunitarias en varios ámbitos de la vida cotidiana, sea la alimentación o la salud, para mencionar apenas dos temas fuerza. Gregorio Mirabal, coordinador general de la COICA, resumió el reto: *“Tenemos que hacer un proceso de vacunaciones en todos los territorios de la cuenca amazónica con esa vacuna que se llama gobernanza territorial indígena y que es lo único que nos puede salvar”*.

De hecho aparecen cada vez con más urgencia y presencia las respuestas desde abajo, desde las comunidades urbanas y rurales. A más autosuficiencia habrá más capacidad de autodeterminación. En concreto, el campo principal de acción aparece en donde se pueda actuar propiciando vidas mancomunadas, en espacios y con bienes comunes: plurales y diversos, con igualdad y justicia, con horizontes contruidos colectivamente, para resistir el creciente autoritarismo y elaborar simultáneamente todas las alternativas posibles.

5. Jaime Rios y Patricia de la Torre. *Como destacan sus aportes vivimos una profunda crisis ecológica con el cambio climático entre otras megatendencias autodestructivas de la vida en el planeta:*

¿Desde el buen y bien vivir como filosofía y praxis política cuáles son los principios fundamentales que orienten la construcción de una nueva cultura de poder?

Alberto Acosta: Discutir la cuestión del poder es fundamental. Adelanto un criterio: la solución no está en el Estado como lo conocemos. Se requiere otro tipo de Estado, que pueda contribuir a la construcción de una sociedad no autoritaria y que esté controlado desde abajo. Esto implicaría quizás un Estado plurinacional como proponen los movimientos indígenas de Bolivia y Ecuador; por cierto que no se ha avanzado mucho en este campo en Bolivia y mucho menos en Ecuador, tanto porque los respectivos gobiernos *progresistas* no lo han intentado, como porque desde el mundo indígena son relativamente vagas las propuestas de cómo construirlo.

Construir el Estado plurinacional plantea rupturas profundas de las estructuras coloniales, oligárquicas y por cierto capitalistas. Y va más allá de las reivindicaciones cortoplacistas indígenas, pues representa superar la esencia homogeneizadora de los

Estados latinoamericanos de alma colonial. Por tanto, la plurinacionalidad no acepta una sola nación o nacionalidad, peor impuestas desde el poder y los privilegios. Presupone la existencia de diversas nacionalidades –pueblos y comunidades-, que han vivido y viven marginadas y subordinadas.

Así, la plurinacionalidad como nueva concepción de organización social, rescata la pluralidad étnica y cultural para repensar al Estado. Cuentan, por mencionar apenas un par de referencias, los derechos colectivos y no solo los individuales. Igualmente interesa un nuevo relacionamiento con la Naturaleza, entendiéndola como sujeto de derechos.

En suma, el reto es mirar la plurinacionalidad como ejercicio de democracia incluyente, pero sobre todo, como propuesta de vidas diversas en máxima armonía y cercanía con la Naturaleza. La plurinacionalidad, entonces, debe acoplarse con otras definiciones enfocadas al territorio y al manejo de los patrimonios naturales. Aquí se puede aprender particularmente de pueblos y nacionalidades indígenas y su permanente resistencia y construcción de alternativas, especialmente en estas últimas décadas en las que han sido actores de luchas democráticas locales, nacionales e internacionales.

Ese nuevo Estado deberá ser construido y dirigido desde instancias de autogobierno. Desde abajo deben subir las decisiones hacia los distintos niveles, los cuales se sostienen en la base que es la comunidad. ¿Cómo recuperar la política en tanto espacio vivo de la sociedad?, es entonces una gran pregunta. Y ese es un tema que demanda conocer y discutir el potencia de una multiplicidad de prácticas económicas y sociales existentes.

6. Jaime Rios y Patricia de la Torre. *Finalmente, si hoy el poder corporativo global en su racionalidad generaliza y/o redefine su concepto de democracia liberal en su unidad u oposición con el Estado nacional hegemónico que quiere controlarlo todo:*

¿Desde la experiencia del bien y buen vivir de nuestros pueblos que elementos debemos incorporar para construir un nuevo concepto de democracia como política de vida que vaya más allá de la democracia individualista liberal?

Alberto Acosta: En medio de este pandemio capitalista, a contrapelo de las acciones del poder, que redoblan sus esfuerzos para retornar a la normalidad -es decir a la anormalidad causante de tantos problemas-, se abren puertas para propuestas y respuestas más coherentes con los derechos de los seres humanos y no humanos. Eso si,

no con acciones inspiradas en mandatos contruidos desde arriba.

Afrontamos complejidades múltiples inexplicables desde la monocausalidad. Y menos aún con simples respuestas escapistas. Son cada vez más necesarias respuestas múltiples, diversas, pequeñas y grandes (si fuera posible). Sin desestimar las acciones gubernamentales y la construcción de alternativas estratégicas de largo plazo, la lucha, una vez más, emerge desde abajo, multiplicando rebeldías, resistencias y desobediencias populares frente a tanto atropello en marcha, es decir conjugando el verbo “democracia” en todos los espacios posibles.

Urge identificar y transformar las herramientas de dominación, como, por ejemplo, las redes sociales, para convertirlas en instrumentos de comunicación y organización liberadora. Las tecnologías pueden ser herramientas de emancipación y se las despoja de su esencia capitalista. Liberar el conocimiento científico e impulsar un diálogo respetuoso con los saberes ancestrales, puede facilitar la transformación de las estructuras de producción y consumo para construir sociedades donde la explotación a la Humanidad y a la Naturaleza sea inviable.

Asoman como indispensables acciones guiada por las luchas de aquellos grupos históricamente oprimidos -desde enfoques feministas e indígenas, incorporando las visiones ecologistas y socialistas-, así como de propuestas comunitarias de quienes viven -o al menos imaginan- un mundo de libertades plenas, viable en la medida que confluyan la justicia social y la justicia ecológica: las dos siempre deben ir de la mano. En definitiva, necesitamos ejercicios de contra-hegemonía.

De una larguísima lista de alternativas alterativas, se pueden recuperar todas las prácticas propias del paradigma del cuidado, destinadas a satisfacer las demandas comunitarias de salud y alimentación en primer término. Por igual son potentes esas otras formas de democratización inspiradas en la organización social horizontal, que podrían encontrar elementos inspiradores en los “ayllus” andinos o en las “caracolas zapatistas”. Aquí, desde esos ámbitos comunitarios, pueden surgir otras formas de conjugar el verbo democracia.

También hay que trabajar en otros ámbitos escalares de acción. Hay que liberarnos de la economía del crecimiento permanente y de la acumulación de bienes interminable, dinámicas que son la esencia misma de la sociedad capitalista. Y a la sociedad del decrecimiento, con el fin de superar el laberinto capitalista, se camina también desde

transiciones postextractivistas. Conviene señalar lo que tienen en común las dos perspectivas: la fuerte crítica al capitalismo que trae consigo una mercantilización cada vez más marcada de las diversas constelaciones sociales y de los elementos de la Naturaleza. Tal punto de coincidencia puede servir, incluso, como un elemento de la post-economía: des-mercantilizar los bienes comunes y la Naturaleza, además de reconocer sus Derechos, construyendo relaciones de armonía con todos los seres vivos. Dicho elemento puede combinarse con otros como la introducción de criterios comunitarios para otorgar valores intrínsecos a la Naturaleza y valorar por su potencial de uso a los objetos; descentralizar y desconcentrar la producción; cambiar a profundidad los patrones de consumo; redistribuir radicalmente la riqueza y el poder; y muchas otras acciones a pensarse en colectivo.

Un par de reflexiones adicionales. Ojalá se entienda que la cuestión ambiental ha sido núcleo fundamental en los crecientes conflictos en el mundo entero. Esta pandemia del Covid-19 no surge de la nada, no es el producto de un simple complot.

La pandemia nos confronta con una realidad que se ha venido deteriorando aceleradamente desde hace unas siete décadas por lo menos -justo cuando empezó la alocada e inútil carrera en pos del desarrollo: un fantasma demoledor-, pero aún con más brutalidad en el último tiempo. Y eso nos invita a sintonizarnos con la democracia de la Tierra para construir sociedades basadas en la justicia social, la convención política descentralizada y la sustentabilidad ambiental. Los elementos básicos de dicha democracia radican en la relación armoniosa con la Madre Tierra, que es la que definitivamente otorga derechos para que los seres humanos podamos existir.

Eso demanda generar transiciones desde miles y miles de prácticas alternativas existentes en todo el mundo, orientadas por horizontes utópicos que propugnan una vida en armonía entre los miembros de la Humanidad y de estos con la Naturaleza, aprendiendo mucho de las formas de vida indígenas, plasmadas en los buenos convivios, pues así, en plural, es como debemos abordar el Buen Vivir o el Vivir Bien.-